

Catecismo 1608 EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

El matrimonio bajo la esclavitud del pecado - I -

2007

Mons. JOSE IGNACIO MUNILLA

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la Gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Punto 1608:

Sin embargo, el orden de la Creación subsiste aunque gravemente perturbado. Para sanar las heridas del pecado, el hombre y la mujer necesitan la ayuda de la gracia que Dios, en su misericordia infinita, jamás les ha negado (cf Gn 3,21). Sin esta ayuda, el hombre y la mujer no pueden llegar a realizar la unión de sus vidas en orden a la cual Dios los creó "al comienzo".

Esta afirmación de que *el orden de la Creación subsiste aunque gravemente perturbado*. Nosotros no hacemos la afirmación de que el pecado ha destruido o ha corrompido totalmente la naturaleza del hombre –tal y como afirman los protestantes–.

Porque si eso fuese así, Jesucristo no podría venir a regenerarnos, o a redimirnos; en todo caso tendría que hacer una nueva creación desde la nada.

Ese texto de San Pablo que dice: "*Nos derriban pero no nos rematan*"; Eso es verdad: el pecado, ciertamente que tiene un poder en nosotros, como si fuésemos una hoja llevada por el viento.

Ese refrán que dice: "*querer es poder*", es tremendamente falso; cuando tenemos conciencia de nuestra fragilidad frente al pecado.

Lo cierto es que necesitamos de la Gracia de Dios, porque tenemos demasiada experiencia de que la voluntad es esclava.

Es verdad que el hombre puede hacer ciertas cosas buenas con su voluntad, pero al mismo tiempo decimos que el hombre no puede cumplir la plenitud de la ley de Dios si no es asistido por la Gracia.

Génesis 3, 11 ss.:

- 11 El replicó: «¿Quién te ha hecho ver que estabas desnudo? ¿Has comido acaso del árbol del que te prohibí comer?»
- 12 Dijo el hombre: «La mujer que me diste por compañera me dio del árbol y comí.»

- 13 Dijo, pues, Yahveh Dios a la mujer: «¿Por qué lo has hecho?» Y contestó la mujer: «La serpiente me sedujo, y comí.»
- 14 Entonces Yahveh Dios dijo a la serpiente: «Por haber hecho esto, maldita seas entre todas las bestias y entre todos los animales del campo. Sobre tu vientre caminarás, y polvo comerás todos los días de tu vida.
- 15 Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcañar.»

En el momento en que el hombre tiene la caída del pecado original, Yahveh, en su misericordia, viendo como el tentador tienen una capacidad superior a la que tiene el hombre, proclama solemnemente que Dios va a suscitar en la descendencia del hombre que ha sido vencido por satanás alguien que vencerá a satanás; a esto se le llama "**el protoevangelio**", el primer evangelio.

En el punto 410, del catecismo se habla de este protoevangelio:

Tras la caída, el hombre no fue abandonado por Dios. Al contrario, Dios lo llama (cf. Gn3,9) y le anuncia de modo misterioso la victoria sobre el mal y el levantamiento de su caída (cf. Gn 3,15). Este pasaje del Génesis ha sido llamado "Protoevangelio", por ser el primer anuncio del Mesías redentor, anuncio de un combate entre la serpiente y la Mujer, y de la victoria final de un descendiente de ésta.

Dios no deja al hombre caído, es más se preocupa por él y le llama: "Adán, ¿Dónde estás?".

Esa imagen de "él te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcañar." ; vemos como en las imágenes de la Inmaculada se representa a la serpiente pisada por el pie de la Virgen; como cumplimiento de este protoevangelio.

Sabemos que es Jesucristo el que pisa la cabeza de satanás, pero en María está claramente significada la victoria de Jesucristo sobre satanás **porque en ella no hubo pecado.**

Se llama protoevangelio porque "estaba el hombre pecando y ya estaba Dios pensando en cómo redimir esa situación.

Génesis 3, 21:

- 21 *Yahveh Dios hizo para el hombre y su mujer túnicas de piel y los vistió.*
- 22 *Y dijo Yahveh Dios: « ¡He aquí que el hombre ha venido a ser como uno de nosotros, en cuanto a conocer el bien y el mal! Ahora, pues, cuidado, no alargue su mano y tome también del árbol de la vida y comiendo de él viva para siempre.»*

Ese "vestir al hombre", porque después del pecado original se ha desatado un desorden interior, como fruto de la concupiscencia que se ha desatado en el hombre, el cuerpo tiene una cierta distorsión; de hecho se puede llegar a desligar el "cuerpo" de la persona"; por protección Yahveh tiene misericordia y dice: " *Dios hizo para el hombre y su mujer túnicas de piel y los vistió*".

En este sentido dice este punto:

Sin esta ayuda, el hombre y la mujer no pueden llegar a realizar la unión de sus vidas en orden a la cual Dios los creó "al comienzo".

Todos sabemos en la fragilidad en la que nos encontramos.

En el himno de la secuencia de Pentecostés:

El himno más antiguo al Espíritu Santo

Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre,
don, en tus dones espléndido,
luz que penetra las almas,
fuente del mayor consuelo,
ben, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.
Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre,
si tú le faltas por dentro;

**mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.**

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.
Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos;
por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno.
Amén.

Que poquita somos, que fácilmente traicionamos nuestros ideales. Por una parte creemos en el amor, en la fidelidad en el matrimonio, creemos que la familia es lo más santo y lo mejor que nos ha ocurrido en nuestra vida...; sin embargo "*¡que poquita cosa somos!*, que fácilmente nos dejamos arrastrar y somos tentados en la debilidad de nuestra carne, en el egoísmo...

Tantas veces los esposos se dicen cuanto se quieren y que grande es el uno para el otro... y se dice eso de verdad; pero al momento, por un orgullo... ¿Si es el (o ella) el que me ha hecho daño...¿Por qué tengo que ser yo el que tenga que pedir perdón? resulta que vendemos nuestros ideales...:

*Mira el vacío del hombre, si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado, cuando no envías tu aliento.*

Es decir: que necesitamos de la Gracia de Dios para que los ideales que profesamos podamos hacerlos realidad.

Punto 1609:

En su misericordia, Dios no abandonó al hombre pecador. Las penas que son consecuencia del pecado, "los dolores del parto" (Gn 3,16), el trabajo "con el sudor de tu frente" (Gn 3,19), constituyen también remedios que limitan los daños del pecado. Tras la caída, el matrimonio ayuda a vencer el repliegue

sobre sí mismo, el egoísmo, la búsqueda del propio placer, y a abrirse al otro, a la ayuda mutua, al don de sí.

Seremos decir: "*que en el pecado está la penitencia*". Uno cae en la tentación del pecado buscando la felicidad, que no encuentra; y lo cierto es que en el pecado hay muchas situaciones mortificantes...

Por ejemplo: cuando uno cae en el pecado de manipular a la otra persona, o de utilizarla egoístamente; en el pecado está la penitencia, porque luego hay una falta de confianza hacia la otra persona, y eso es una "penitencia el vivir eso".

Pero por otro lado es que en esa "penitencia " es medicinal, está el remedio, y precisamente eso es lo bueno de la providencia.

En el pecado siempre hay una promesa de felicidad, que es mentira, por cierto; es más aparecen situaciones duras. Eso es lo que se refleja en el Génesis: tras el pecado la vida "*se hace dura: parirás con dolor, con el sudor de tu frente comerás el pan...*

En esa "dureza" hay algo de medicinal. Es como una invitación a asumir esa dureza que se ha derivado de tu pecado, como un remedio de tu propio pecado.

A veces lo que ocurre es que he pecado, vienen unas consecuencias y encima me revelo contra ellas... por lo menos se humilde y acéptalo... es lo que dice el buen ladrón: *al fin y al cabo estoy sufriendo lo que me merezco, pero este ¿Qué mal ha hecho...?*

NO se trata de un "autocastigarse" sino de aceptar las realidades de nuestra vida como parte de un "*plan medicinal*", del que Dios se sirve para purificarnos.

Aceptando las limitaciones, que mis hijos no son lo que quisiera que fuesen... me gustaría tener el marido perfecto y no lo tengo... ¿y qué voy a hacer...?.

Aceptando esas imperfecciones y esas debilidades hay algo de medicinal... Forma parte de ese designio de Dios de redención.

Es lo que dice este punto:

Las penas que son consecuencia del pecado, "los dolores del parto" (Gn 3,16), el trabajo "con el sudor de tu frente" (Gn 3,19), constituyen también remedios que limitan los daños del pecado.

Eso es impresionante, es el poder de Dios, que es capaz de hacer medicina de algo que era veneno, en la medida en que tú lo aceptes humildemente y lo ames.

Esto es algo muy importante, porque en las relaciones entre el hombre y la mujer hay mucho de esto.

Ante las debilidades y las inconveniencias que hacemos?... ¿ahora qué hago, o tengo un matrimonio perfecto o no quiero nada...?. Es la tentación de romper.

Es que el matrimonio entre un hombre y una mujer solamente se puede sanar desde una aceptación humilde, que **uno sea capaz de entender en eso un camino de penitencia que nos lleva a la santidad.**

Así termina este punto:

Tras la caída, el matrimonio ayuda a vencer el repliegue sobre sí mismo, el egoísmo, la búsqueda del propio placer, y a abrirse al otro, a la ayuda mutua, al don de sí.

En el matrimonio hay una llamada que impide y que nos recuerda que no tenemos que replegarnos en nosotros mismos; el matrimonio ayuda a salir de uno mismo, que la propia felicidad sea la felicidad del otro. Que solamente se puede ser feliz haciendo feliz al otro.

En la propia vocación matrimonial hay un remedio contra nuestro egoísmo.

La tradición ha llamado al matrimonio "**el yugo**".

Esta imagen del yugo hay que entenderla bien; porque alguno puede pensar que es algo antipático que te quita libertad y que limita tus horizontes.

En el prefacio de la liturgia matrimonial se habla del yugo:

Con el yugo suave del amor y el vínculo indisoluble de la unidad hiciste fuerte la alianza matrimonial.

Hay una referencia al texto de Mateo 11, 29:

*Venid a mis todos los que estáis cansados y agobiados, tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, **porque mi yugo es suave y mi carga es ligera.***

Es evidente que ese texto lo está referido al matrimonio, pero en la tradición cristiana se ha hecho una referencia a ese "*yugo suave del amor*"

Se llama "yugo", porque puede ser costoso y ser mortificante, uno se tiene que "atar" sus tendencias egoístas; de hecho al egoísmo le cuesta "atarse". Hay personas que renuncian al matrimonio porque lo entienden como una "atadura".

Es cierto que les va a atar, lo que ocurre es que los va atar para bien; que el "amor propio no quiere atarse a la persona amada.

Claro que en el matrimonio hay un aspecto que es mortificante, porque morir a sí mismo no es fácil.

Pero al mismo tiempo que decimos que es un yugo, también decimos que es un yugo "llevadero y una carga ligera. Porque el Señor, al a atarme me está haciendo un favor, porque me esta preservando de mis propios desequilibrios, preservando de muchos males.

Es que es mucho más fácil que me equivoque si estoy solo yo conmigo. De la misma forma que decimos que en la vida consagrada de los religiosos es muy importante el aspecto de la vida comunitaria y de obediencia purifica mucho.

Ese yugo que es mortificante, también es al mismo tiempo liberador; es que resulta que *sin mortificación no hay liberación.*

Esto puede parecer contradictorio, pero el caso es que lo que sí que es contradictorio es lo que ocurre dentro de nosotros. Nosotros estamos interiormente partidos.

Eso que dice Romanos 7, 14:

14 Sabemos, en efecto, que la ley es espiritual, más yo soy de carne, vendido al poder del pecado.

- 15 *Realmente, mi proceder no lo comprendo; pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco.*
- 16 *Y, si hago lo que no quiero, estoy de acuerdo con la Ley en que es buena;*
- 17 *en realidad, ya no soy yo quien obra, sino el pecado que habita en mí.*
- 18 *Pues bien sé yo que nada bueno habita en mí, es decir, en mi carne; en efecto, querer el bien lo tengo a mi alcance, mas no el realizarlo,*
- 19 *puesto que no hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero.*
- 20 *Y, si hago lo que no quiero, no soy yo quien lo obra, sino el pecado que habita en mí.*
- 21 *Descubro, pues, esta ley: aun queriendo hacer el bien, es el mal el que se me presenta. 22*
- Pues me complazco en la ley de Dios según el hombre interior,*
- 23 *pero advierto otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi razón y me esclaviza a la ley del pecado que está en mis miembros.*
- 24 *¡Pobre de mí! ¿Quién me librá de este cuerpo que me lleva a la muerte?*
- 25 *¡Gracias sean dadas a Dios por Jesucristo nuestro Señor! Así pues, soy yo mismo quien con la razón sirve a la ley de Dios, más con la carne, a la ley del pecado.*

Tenemos el corazón dividido, por una parte queremos que sea el bien y la verdad y la belleza la que triunfen en nosotros, pero vemos que hay un principio desintegrador, una especie de divorcio interior dentro del hombre entre el "querer y el poder, entre el bien y el mal"... y es precisamente la Gracia de Dios la que viene a sanarlo y el matrimonio es una vocación que se convierte en un instrumento importantísimo de purificación, de sanación, de encauzar esa división interior que hay en el hombre.

Seguro que habrá quien diga: "que duro y difícil ha sido mi matrimonio". Pero la pregunta es: ¿y si no hubieses vivido casado, si no hubieras estado "atado", si hubieses hecho siempre tu santa voluntad... ¿te crees que habrías sido más feliz?

Además es el mismo Cristo, el Hijo de Dios, el que se "ato", por amor a nosotros, en la encarnación.

Lo dejamos aquí.